



ENTREVISTA CON JORGE ENRIQUE ZÚÑIGA¹

Foto por: Ariadna Aguilar Uscanga

PROCROMO #12
JÓVENES CREADORES

Recientemente has recibido también el Premio Nacional Sergio Pitol al Estudiante Universitario 2016, en la categoría “Cuento”, y el Premio Nacional de Cuento Joven 2016 de la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY). ¿Cuál ha sido tu experiencia participando en esta clase de concursos?

4

Este año decidí comenzar a probar suerte en los concursos y, afortunadamente, he obtenido buenos resultados. Trabajar por fechas límite se me da muy bien: me motiva. Creo que lo importante de los concursos es eso: la motivación (particularmente para los escritores que vamos empezando).

¿Hay alguna temática recurrente o algún interés formal en tus textos?

Últimamente me ha dado mucho por incursionar en el tema policiaco y la novela negra. Me gusta la acción, el suspenso, la figura del detective. La narcoliteratura y la novela negra están sonando mucho en México, la gente busca y lee a Paco Taibo II o a Élmer Mendoza; yo quiero escribir algo así, quiero que la gente me lea.

1 Jorge Zúñiga (Tuxtla Gutiérrez, 1988) es ensayista y narrador. Becario del Festival Literario Interfaz (2015) sede Oaxaca, en el área de narrativa. Premio Nacional de Cuento Joven FILEY (2016), Premio Nacional al Estudiante Universitario Sergio Pitol (2016), ganador del VIII Concurso Nacional de Narrativa Elena Poniatowska (2016). Ha sido participante de foros literarios nacionales e internacionales, y cuentos suyos pueden leerse en la revista *Punto de Partida*.

¿Nos puedes hablar un poco de tu proceso creativo?

Escribo siempre por las noches, siempre después de las doce. A esa hora la mayoría de mis amigos duerme y casi no hay interrupciones. Veinticinco minutos de escritura seguidos por cinco de descanso, y así sucesivamente. Una o dos horas nada más, una cuartilla o cuartilla y media. No tomo café, sino Coca Cola. Siempre fumo. ¿Música?: *Die Antwoord*.

¿Cómo consideras que es el medio literario local de Chiapas? ¿Has encontrado las condiciones necesarias para desarrollarte como escritor?

La nueva generación de escritores chiapanecos (menores de 30 años) se ha desarrollado de manera autodidacta e inclinándose más hacia la narrativa. El dicho aquel de que en Chiapas “uno levanta una piedra y salen diez poetas” va perdiendo fuerza poco a poco. No podría decir a qué se deba, o si es un buen o un mal paso para la literatura chiapaneca, pero debido a ello, los narradores (un número mucho menor en comparación con los poetas) hemos intentado promover el género y mantenernos unidos.

¿Cuáles autores te inspiran o cuáles consideras que han sido tus mayores influencias?

Me gusta la literatura de Roberto Bolaño. Me ha motivado e influido mucho. De su estilo rescato cierta fluidez narrativa, el uso de la primera persona para acercarse al lector, para hacerlo parte de ese tonito como de confesión, de sinceridad, que aparece en la mayoría de sus cuentos.

¿Un escritor de tu generación cuya obra recomiendes?

Me gustan mucho los cuentos de Marcelino Champo. En poesía, tal vez Clio Mendoza, Verónica G. Arredondo o Mariana Barajas. Lo que sí no se puede dejar pasar es la revista *Tierra Adentro*.

La memoria DE UN REVÓLVER

Jorge Enrique Zúñiga

JÓVENES CREADORES

Llevábamos apenas unos minutos de conocernos y el hombre de la gabardina ya estaba echado en mi sillón, con los pies sobre la mesa de centro. Saqué del congelador lo que quedaba de la bolsa de hielo y, después de ponerla en una pequeña cubeta, salí de la cocina llevando también la botella de ron y dos vasos. El hombre estaba borracho, no había duda, pero quería seguir tomando. Se acomodó en el sillón al verme volver con la botella, destapó el agua mineral y me regaló una sonrisa amarillenta, confiada, familiar, que yo le devolví tímidamente.

—¿Dice que hace mucho que no escribe, señor Zanda? —me preguntó—. No le creo. Seguro está trabajando en algo por ahí, pero no quiere decirme.

Era cierto, llevaba meses sin escribir, no había encontrado un tema que me llamara la atención. Fue justamente la curiosidad creativa la que me empujó esa noche a la inocencia: el hombre de la gabardina me detuvo en la entrada del edificio y me dijo que había venido de muy lejos para preguntarme algo muy importante. Yo le creí. Ahora entiendo que aquello fue una imprudencia, que comprar una botella de ron (a sugerencia suya) y subir juntos al departamento para conversar fue exponerme demasiado, pero la literatura —la vida— es un deporte de contacto.

La luz de la luna que entraba por el ventanal iluminaba tenuemente la habitación. Yo había querido encender una lámpara cuando entramos, pero él me detuvo haciendo una señal con la mano.

—Me alegra por fin haberlo encontrado, señor Zanda —dijo mientras servía ambos vasos: tres cuartos de ron y uno de agua.

—¿Dice usted que me conoce? —pregunté.

—No formalmente, pero conozco su trabajo.

Noté que tenía una letra Z tatuada en la muñeca cuando me entregó el vaso; la bebida estaba demasiado cargada para mi gusto, pero no dije nada.

—Un placer conocerlo en persona.

Él sonrió y me estrechó la mano.

—El gusto es mío. De verdad, señor Zanda, sólo mío.

Lo observé mientras bebía. Algo en su rostro me hizo pensar que rondaba los cuarenta años, pero que los había vivido muy aprisa. Parecía tener problemas para mantenerse quieto, como si tratara de luchar con la necesidad de lo fugaz, de la huida o la persecución; sus movimientos eran rápidos, precisos, pero incluso detrás de la aparente intranquilidad de los dedos que tamborileaban en el sillón, pude reconocer la lentitud de la sospecha, la cautela de un gato moviéndose en la oscuridad.

—Y bueno —dije, poniendo mi vaso sobre la mesa—, ¿qué era lo que me quería preguntar?

El hombre de la gabardina asintió sin mirarme.

—Quiero hablar sobre uno de sus cuentos.

—Sí, ¿cuál?

—El que usted está escribiendo ahora mismo.

Me quedé callado.

—El que escribió esta tarde, quiero decir, ¿ya lo terminó?

—Hace mucho que no escribo —le dije—. ¿Eso era todo? Pensé que era importante.

—Es de vida o muerte, y tiene que ver con su último cuento, o mejor dicho, con el cuento que usted comenzó a escribir hoy.

Aquello no tenía sentido y se lo dije.

—Estoy seguro de que usted escribió un cuento hoy, señor Zanda.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Si no fuese así, yo no estaría frente a usted ahora.

El hombre de la gabardina notó mi confusión.

—Voy a explicárselo, no se preocupe, pero primero beba.

—Si sólo quería tomar gratis, pudo habérmelo dicho.

—El alcohol es para prepararlo.

—¿Prepararme para qué?

—Para lo que pasará esta noche.

—Mire, tengo que trabajar. No tengo tiempo para juegos.

–Beba –dijo.

Bebí, sin saber muy bien si lo hacía siguiendo su indicación o para calmar mis nervios; él hizo lo propio, un trago largo, sin respirar.

–¿Prepararme para qué?

Guardó silencio unos instantes.

–Usted matará a alguien esta noche –dijo, y luego sonrió para sí mismo, como si estuviese seguro de que lo que acababa de decir era una trampa inútil de tan simple, algo que se le diría a algún niño.

–Creo que ya es suficiente...

Me levanté y fui hasta la puerta, la abrí e hice un gesto con la mano para que el hombre se marchara. Tenía lo que necesitaba para escribir: imaginé el principio de un cuento policiaco, las bases de la historia, su posible desarrollo. El final estaba frente a mí: antes de salir del cuarto del escritor (porque en el cuento no sería un departamento en el tercer piso, sino un cuarto de azotea), el hombre diría algo *profundo*, *filosófico*, y luego preguntaría si podía llevarse la botella.

Lo que ocurrió a continuación fue muy distinto.

–Siéntese –ordenó el hombre de la gabardina, y colocó el revólver en la mesa de centro.

Obedecí.

–No tengo dinero –le expliqué–. Vea, vivo con poco.

–No vine por dinero.

–En ese caso no entiendo qué quiere de mí.

–Ya se lo dije: usted matará a alguien esta noche. Vine a super-
visarlo, necesito asegurarme de que el muerto sea la persona correcta.

Se puso de pie y recorrió el departamento. Era alto, de brazos gruesos; la vieja gabardina negra le ceñía la espalda pero le quedaba un poco larga de las mangas. Caminaba lentamente, deteniéndose de cuando en cuando para apoyarse en algún sitio, como si estuviese realmente muy borracho y se le escapara el aire. Pero no estaba muy borracho: todo, lo supe en ese instante, había sido un engaño.

Anduvo por el departamento algunos minutos, en silencio, asintiendo a veces. Echó un vistazo a la cocina, revisó el baño, entró a mi habitación. El revólver seguía frente a mí, sobre la mesa de centro, pero el hombre de la gabardina sabía, de alguna extraña manera, que yo no iba a tomarlo.

—¿Busca algo? —pregunté finalmente.

—¿Dónde está el ruso?

—¿Qué ruso?

—El ruso del cuento.

—Oiga, creo que ya se está pasando de la raya, ¿qué ruso?, ¿qué cuento?

No contestó.

Terminé lo que me restaba del vaso de un solo trago. Volvió a servirme y se acomodó nuevamente en el sillón, estirando los brazos sobre el respaldo.

—¿Ya se siente valiente?

—¿A qué está jugando? —pregunté, sintiendo todavía cierto ardor en la garganta.

El hombre de la gabardina apoyó las manos en sus rodillas y se inclinó hacia mí. Me miró a los ojos fijamente.

—No juego. Usted debe estar lo suficientemente borracho para matar al ruso.

—¡No conozco a ningún ruso! —le aseguré, levantando un poco la voz.

—Usted ha enviado a un ruso a matarme.

—No sé de qué me habla, se lo juro.

—Me he comportado, pero si realmente quiere que esto se haga por las malas, por mí no hay problema...

La gente como yo, la gente común, nunca ha pensado realmente en la fragilidad de la vida, no está acostumbrada a ver de cerca, cara a cara, a la muerte. Bastó un segundo para decidirme. Los vasos en la mesa se hicieron trizas cuando me arrojé sobre ella para tomar el revólver. Apunté hacia el hombre de la gabardina, primero hacia su pecho, luego a la cabeza, mientras volvía lentamente al sillón. Él no se movió.

—No conozco a ningún ruso —dije, tratando de no tartamudear.

—No lo niegue.

—Le digo que yo no conozco a ningún ruso.

Jamás había visto un arma más que en las películas. Sentí el frío del metal entre mis manos, me vi temblando bajo el peso de las posibilidades. El hombre de la gabardina me miraba con fijeza, su rostro sin expresión anclado al mío, sin voltear a ver ni una sola vez a la pistola, casi sin moverse.

¡Maldita sea!, pensé, ¿cómo me metí en esto? Imaginé que el cuento terminaría con un cachazo, con el escritor arrastrando al hombre de la gabardina inconsciente escaleras abajo hasta la calle, no sin antes poner un par de billetes en sus bolsillos, como agradecimiento por haberle devuelto algo que creía perdido u olvidado: llámese audacia, hombría, valor.

Pero la vida es complicada y a veces no ocurre lo que debería ocurrir en la literatura.

El hombre de la gabardina dio un manotazo al revólver, moviéndose al mismo tiempo para esquivar el disparo reflejo, y luego me pateó el estómago con una fuerza tremenda, inimaginable para mí hasta ese momento; el dolor me hizo doblar.

—Señor Zanda, usted no es un hombre de acción —dijo.

No respondí. Me había tirado en el sillón y abrazaba mis rodillas, tratando con todas mis fuerzas de recuperar el aliento.

—En primera —continuó, sonriendo—. Y en segunda, jamás podría dejarme inconsciente de un cachazo, mucho menos arrastrarme escaleras abajo. Esas cosas no ocurren en la vida real.

La cabeza me daba vueltas, pero me esforcé por mantenerme calmado y no vomitar. El hombre fue a la cocina y volvió con un vaso de agua.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

Asentí.

—Bueno —dijo—, volvamos al ruso. ¿Dónde está? Según usted, el ruso me matará al final del cuento.

—¿Pero qué cuento?

—Ya déjese de tonterías. Tome un poco de agua.

Me quedé mirando el techo mientras bebía, pensando en dónde podría estar el revólver, sin saber qué hacer, qué decirle.

—No es usted muy brillante, ¿seguro que quiere volver a intentar con el revólver?

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Quiero saber dónde está el ruso.

—No sé de qué habla.

—Usted escribió un cuento hoy. Un cuento policiaco de calidad regular, nada impresionante, donde al final, en una vuelta de tuerca bastante predecible, el ruso me mata. Y yo lógicamente debo impedir que eso pase.

Lo miré confundido.

—¿Quién es usted?

Él sonrió.

—Soy el detective.

—¿Qué detective?

—*Su detective*. El detective de su cuento, el que se pasa quince cuartillas persiguiendo a un ruso sólo para encontrar la muerte. ¿No podía darle un mejor final a la historia?

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no he escrito ningún cuento así?

—Mire, si usted me dice dónde está el ruso, yo voy y lo mato y le quitamos muchas páginas al cuento. En una de éstas hasta podría darle una buena minificción, ¿qué le parece?

—De verdad que no sé de qué me habla...

Un golpe certero, con la mano abierta, me cruzó la cara.

—¡No sé nada de ningún ruso! —grité.

Volvió, esta vez con más fuerza.

—¿Dónde está el ruso?

—¡Pare, por favor!

—¡¿Dónde está el maldito ruso?!

Intentó golpearme nuevamente, pero esta vez alcancé a cubrirme con los brazos.

Entonces ocurrió. No habría forma de explicar por qué, ni cómo.

—¡En el baño!, ¡está en el baño! —mentí.

El detective vio la puerta del baño abrirse lentamente y buscó el revólver detrás del sillón, pero había desaparecido. El ruso era muy alto, rubio, musculoso; en la mano derecha llevaba una escopeta corta. Disparó. Una, dos veces. La primera descarga alcanzó la parte de abajo de la gabardina mientras el detective llegaba de un salto a la cocina; la segunda dejó un enorme boquete en la pared.

El ruso volvió a su escondite y lo escuché cortar cartucho, luego salió, apuntando hacia la entrada de la cocina. Me quedé inmóvil por unos segundos, incapaz de comprender lo que pasaba.

—¡Zanda, ¿qué hace? No se quede ahí parado! —gritó al detective.

El ruso me miró con sus grandes ojos azules inyectados de sangre. Dirigió lentamente la escopeta hacia mí y yo levanté las manos. El ruso sonrió.

Pensé en el cuento. El ruso iba a disparar. Iba a dispararme. Dos tiros, para asegurarse. Imposible esquivar ambos. Imposible para el escritor esquivar siquiera uno. O tal vez imposible para mí pero no para el escritor que aparecía en el cuento. El ruso a dos metros de mí. Pensé en el detective escondido en la cocina. “Usted matará a alguien esta noche”, había dicho. ¿El revólver? Nada. Inútil. El ruso avanzó. Comencé a sudar. Mis pies eran como dos enormes bloques de concreto. Imaginé la escopeta descargando sobre mi pecho. Luego la sentí. El ruso me empujaba con la punta del arma para hacerme abrir los ojos, para asegurarse de que yo estaba consciente de lo que ocurría, para que tuviese una última imagen de su sonrisa antes de morir.

Entonces la idea llegó a mí. Fue como un flashazo, como el sonido de un látigo en el aire. Escribiría una frase, una simple oración para salvarme la vida: “Cuando el ruso intentó disparar, el gatillo sonó pero no hubo descarga”.

Click.

Click.

Click.

Nada.

De pronto me pareció que el tiempo avanzaba más despacio, que el ruso, el detective y yo nos movíamos en cámara lenta. El ruso dirigió la mirada a la cocina y yo la seguí. En ese momento algo sobrevoló la habitación. El ruso dobló las rodillas, intentó moverse, pero no pudo, no tuvo tiempo. Levantó la mano izquierda para cubrirse y la derecha llevó la escopeta hacia la mancha negra que se acercaba desde el aire, cubriéndolo como un eclipse. El ruso supo, lo vi en sus ojos, que estaba perdido, que había fallado en lo más elemental: nunca perder de vista al enemigo.

Antes de que la gabardina lo cubriera por completo, haciéndolo perder valiosos segundos de reacción, el ruso pudo ver al detective. Semioculto, apenas guiado por la luna que llegaba desde la calle a través del ventanal, el detective corría hacia él inclinando el cuerpo hacia adelante para ganar velocidad y fuerza.

El detective embistió al ruso e hizo que el enorme cuerpo se elevara varios centímetros del suelo. El sonido del ventanal desquebrajándose no fue suficiente para apagar el de los gritos, mucho menos el de la escopeta. El detective observó al vacío por un momento, el viento de la noche alborotándole el cabello, y luego cayó de rodillas.

Fui hacia el borde del ventanal y miré hacia abajo. Algunos autos iban de aquí para allá, junto a un par de transeúntes. El cuerpo del ruso había desaparecido.

–Diga... diga que está muerto...

El detective se arrastraba hacia el sillón. Una mancha roja iba creciéndole en un costado de la camisa.

–¡No está el cuerpo!

–Diga que... está muerto... ¡Dígalo!

–Está muerto –mentí, queriendo al mismo tiempo que fuese verdad.

El detective sonrió.

–Tenemos que llamar a una ambulancia.

–Fue sólo un rozón –dijo el detective intentando levantarse.

–Aun así, voy a llamar a una ambulancia.

El teléfono comenzó a sonar justo antes de que pudiera levantarlo.

–¿Quién es? ¿Quién habla? ¿Qué quiere?

–¿Señor H. Zanda? –preguntó la mujer.

–Ahora no tengo tiempo de hablar...

–Señor, lo llamo de parte de... –me interrumpió.

–¡No tengo tiempo de hablar!

–Quiero informarle que su cuento “La memoria de un revólver” resultó ganador del concurso...

–¿Qué cuento? ¡No he escrito ningún cuento!

Volteé a ver al hombre de la gabardina. Ya no estaba.

–Lo esperamos en la ceremonia de premiación el día... Muchas felicidades por...

–Yo me comunico –dije, y colgué el teléfono.

El viento frío de la noche había invadido todo el departamento. Fui a mi habitación por la máquina de escribir y volví al sillón donde había estado el detective. Una mancha de sangre decoraba uno de los cojines. Pensé en la frase que me había salvado la vida: “Cuando el ruso intentó disparar, el gatillo sonó pero no hubo descarga”. Coloqué la máquina sobre la mesa de centro, junto al revólver, y comencé a escribir.